

La transición pasada por la picadora

Marta Sanz; Daniela Astor y la caja negra, Barcelona, Anagrama, mayo de 2013, 267 págs. ISBN: 978-84-339-9762-3

Jorge Sanz Barajas

Profesor de Literatura Española. Colegio «El Salvador» (Zaragoza)
E-mail: jsanz@jmes.es

Marta Sanz empezó su andadura literaria en la Escuela de Letras de Madrid, uno de esos espacios por los que de vez en cuando se cuele la creación con mayúsculas; una suerte de «monasterio laico, ocupado en mostrar que la literatura es algo más que entretenimiento», un ambicioso proyecto que trató no solo de formar escritores sino de educar lectores. Fundado en 1989, por su claustro pasaron profesores de la talla de Alejandro Gándara, Juan Carlos Suñén, Juan José Millás, Jesús Ferrero, Rosa Regás, José María Guelbenzu o Antonio Muñoz Molina. Cerró sus puertas en 2011. Allá estaba en aquellos momentos Constantino Bértolo, ahora director de Caballo de Troya –un sello de excelente gusto literario, inserto aunque parezca mentira dentro del gran grupo editorial Random House-Mondadori–. La editorial Debate, impulsora de la Escuela, publicó su primera novela *El frío*, una historia de amor desenamorado en la que una mujer comete la locura de en-

amorarse de un loco. Más tarde llegaron la autobiográfica *La lección de anatomía* y el poemario *Perra mentirosa/Hardcore*. Obtuvo el premio Ojo Crítico de Narrativa 2001 con *Los mejores tiempos* y se colgó el cartel de finalista del Nadal en 2006 con *Susana y los viejos*. La conocía por una excelente antología de poesía española contemporánea, «Metafísicos y sentimentales», donde uno –adicto a las notas a pie de página, lo confieso– no sabe si disfruta más de la selección de poemas o de las explicaciones *ad hoc*. Me encelé –con escasas esperanzas, todo hay que decirlo– de Arturo Zarco, el investigador de *Black, black, black* (2010) y *Un buen detective no se casa jamás* (2012). Hay más cosas por ahí, pero me gusta especialmente su poemario *Vintage* (2013) y la musculosa *Daniela Astor y la caja negra*, novela que vengo recomendando desde hace tiempo y que acaba de ganar el prestigioso premio Tigre Juan *ex aequo* con *La hora violeta*, de Sergio del Molino.

Daniela Astor y la caja negra es una lección de técnica narrativa cuyas costuras no son fáciles de adivinar: esto es una virtud. Uno está harto de novela policiaca, negra o criminal en la que cualquier lector avezado es capaz de intuir qué va a suceder después o qué diálogo mantendrán tal o cual personaje. Servidor se confiesa saturado de novelas carentes de fibra, sujetas a manuales de composición, rígidas como bailarinas que se saben observadas, desangeladas, ajenas al mínimo riesgo compositivo, más atentas a no equivocarse que a acertar en algo.

Tras las niñas Catalina y Angélica se esconde un doble juego: se visiten y adornan con el lenguaje eufónico y ultracorrecto de la niña que Marta fue, y que llevaba cosido en el doble de sus primeros textos al llegar a la Escuela de Escritores; pero la frase se desviste enseguida hasta llegar a la cruda nuclearidad con que Marta Sanz Pastor escribe en la actualidad. El lector se va dejando atrapar por la acidez vitriólica unas veces, la ingenuidad pubertosa otras, de Catalina. Es una voz muy especial: la de una niña de once años que se sabe abducida por la mujer que presume ser. Poco después nos daremos cuenta de que es Catalina, bordeando ya la cincuentena, la que ofrece esa voz resabiada y

tierna, amarga y dulce, nostálgica y crítica. Catalina está poniendo voz a la niña que fue en los setenta. No hay trampas.

Desde el primer momento sabemos que estamos ante una mujer madura que decide pasar por la picadora su infancia. Rodeada de papel couché, labios infantiles que se contentaban con brillar de vaselina mentolada cuvé, verdades a medias y cuerpos que ponían patas arriba el orden establecido, Catalina sueña con ser una de esas hermosas mujeres de *Dallas* y dejar la pescadilla rebozada en el plato. Catalina y su amiga Angélica Bagur juegan a ser esos cuerpos que se exhiben en las portadas de las revistas, hablan como Jane Seymour, ponen morritos, meten tripa, sacan pecho y dicen «*boudoir*» o «querido, tengo una horrible jaqueca: necesito un masaje». Cata es Daniella Astor, Angélica es Gloria Adriano. Sus madres se abren camino poniendo lavadoras y trabajando a destajo, mientras sus padres dicen palabras nuevas que suenan a «coyuntura, paradigma, incomprensible, legislación», pero no saben decir «bonito».

El tono del relato está perfectamente definido desde un principio. Catalina abducirá a la niña que fue y la dotará de una voz cínica, acanallada, adorable e inteli-

gente, dosificando el conocimiento que ha adquirido del mundo como un bien que debe entregar al lector gota a gota. Advertimos desde el primer momento que hay algo más en la narración: diez cajas negras que se abren y muestran con extrema crudeza las entrañas de la Transición que quizá no quisimos ver. Cajas llenas de historias de mujeres que creyeron liberarse y en realidad fueron fundas de cuerpos de exposición, carnes que comenzaron a poblar las salas de espera de las consultas del dentista o los calendarios de los talleres mecánicos. La época del fantaterror, el destape y el giallo. Pero Cata acabará descubriendo que la realidad supera la ficción, y que todo parecido entre ésta y la realidad es siempre por culpa de la realidad. Historias turbias como la de Bárbara Rey, trágicas como la de Sandra Mozarowsky, trágicómicas como ese pecho que enseñó Susana Estrada a Tierno Galván, castizas como su respuesta (“tápese señorita, que se va a enfriar”), profundas como la de Amparo Muñoz, líricas como la de Victoria Vera... En todas ellas late un secreto. Hoy solo vemos el papel couché de cientos de portadas del *Interviú*. Pasto de coleccionistas. Materiales quizá caducos pero sin los que resulta muy difícil entender nuestra historia reciente.

La novela comienza a girar vertiginosamente en el momento en que se abre el gran dilema del aborto. Daniela deja a Cata ser Cata, y la vida se pone amarilla. Y Cata descubre que las mujeres de esa generación compartían la misma esencia de la dominación que esos fascinantes cuerpos. Y Daniela comenzó a ser Bette Davis. No es una novela cómoda; exige un cierto esfuerzo al lector como para no leerla de tirón, bien porque el lenguaje es seco y directo, extremadamente brillante en ocasiones, y la claridad de la mente de Cata, apabullante.

De Marta Sanz me gusta especialmente la forma de mirar la realidad a contrapelo. En un momento en que, como ella misma dice, la novela negra se ha desactivado como género de denuncia social, ella encuentra un formato nuevo en que puede abrir fracturas, hurgar en las grietas del poder. En un momento en que lo negro parece rosa, en que los escritores de novela negra se hacen de oro con lo que debieran ser catas en la turbia pez de los entresijos de la corrupción, Marta Sanz ha encontrado nuevos formatos: en este caso una novela con gran musculatura en la voz escogida, que huele a amoniacos y a tortilla de patata, a sopa de sobre y a carta de ajuste. Pero mucho ojo, porque esta narración es

un detergente que desengrasa a fondo. Rasca, pica, molesta, hace daño... No es una novela cómoda. No encontraremos muchos escritores que gusten de andar por el filo de la navaja, funambulistas de la literatura que arriesguen un mercado más o menos consolidado: ella lo hace. La prosa es sólida pero fluye con naturalidad: es difícil que parezca tan fácil su escritura. Se ha desgajado momentáneamente de un género –el policial– que ella cree adormecido ante la crisis, y no es solo *literatura de emergencia*, no crean: se apresta a recordar la frase de Jesús López Pacheco «que la revolución del

lenguaje no sustituya al lenguaje de la revolución» pero la calidad no se somete al mensaje sino que lo dimensiona; quizá por eso nos gustó tanto verla leyendo junto a Benjamín Prado el manifiesto en la manifestación social y sindical contra los recortes en Madrid, el 19 de julio de 2012.

Quedan importantes cadáveres en el camino de esta novela. Conocíamos el valor de Marta Sanz para afrontar nuevos retos después de las novelas negras del detective Arturo Zarco, pero esta novela gira hacia dios sabe dónde... ■